

Los originales en inglés del presente volumen llevan los siguientes títulos:

- Kindergarten Chats.
- Characteristics and Tendencies of American Architecture.
- Ornament in Architecture.
- Emotional Architecture as Compared with Intellectual, A Study in Objective and Subjective.
- The Tall Office Building Artistically Considered.
- The Young Man in Architecture.
- Education.
- What is Architecture? A Study in the American People of Today.

Version Castellana: Brenda L. Kenny.

Supervisión: José A. Rey Pastor.

Tapa y disposición tipográfica: C. A. Méndez Mosquera.

LIVRO N.º  
**LA-005**  
A. XAVIER  
Louis H. Sullivan  
**Charlas con un arquitecto**



Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723.  
Impreso en la Argentina. Printed in Argentine, 1957.  
Copyright de todas las ediciones en español by  
Ediciones Infinito, Rodríguez Peña 1320, Buenos Aires.

182 a 185



Ediciones Infinito Buenos Aires

## El ornamento en la arquitectura

Considero de por sí evidente que un edificio, desprovisto totalmente de ornamentación, puede comunicar un noble y digno sentimiento en virtud de su masa y proporciones. No me parece evidente que la ornamentación pueda realzar intrínsecamente estas cualidades elementales. ¿Porqué, entonces, usamos el ornamento? ¿No es suficiente una noble y sencilla dignidad? ¿Porqué pedimos más?

Si contestara esta pregunta con entera sinceridad, diría que sería para nuestro provecho estético el que nos abstuviéramos por completo de utilizar la ornamentación durante varios años, a fin de que nuestros pensamientos puedan concentrarse agudamente en la producción de edificios bien formados y graciosos en su desnudez. En esa forma evitaríamos por fuerza muchas cosas indeseables, y aprenderíamos por contraste cuán efectivo es pensar de una manera natural, vigorosa y sana. Una vez dado este paso, podríamos muy bien preguntar hasta qué punto realzaría la belleza de nuestros edificios una aplicación decorativa del ornamento — qué nuevo encanto les otorgaría.

Una vez que conozcamos a fondo las formas simples y puras, las iremos vertiendo; nos absteniremos instintivamente del vandalismo; estaremos poco dispuestos a hacer nada que quite a estas formas algo de su pureza y de su nobleza. Y habremos aprendido, además, que el ornamento es mentalmente un lujo, no una necesidad, pues habremos descubierto las limitaciones, al igual que el gran valor, de las masas sin adorno. Existe en nosotros un romanticismo que nos sentimos impulsados a expresar. Sentimos intuitivamente que nuestras formas fuertes, alélicas y sencillas llevarán con fácil naturalidad las vestiduras con que soñamos, y que nuestros edificios, así vestidos con ropaje de poética fantasía, semi-oculto, podría decirse, como si fuera escogido producto de telar y mina, atraerán con redoblado poder, cual sonora melodía cubierta por armónicas voces.

Concibo que un verdadero artista razone substancialmente en esta forma; y que, en la culminación de sus capacidades, pueda realizar este ideal. Creo que el ornamento arquitectónico, utilizado con este ánimo, es de desear, por ser hermoso e inspirador; y que el ornamento anidado por cualquier otro ideal carece de las más elevadas posibilidades. En otras palabras, un edificio que realmente es una obra de arte (y no considero a ningún otro) es en su naturaleza, esencia y existencia física una expresión emocional. Siendo esto así, y siendo hondamente que es así, debe poseer, casi literalmente, una vida. Surge de este principio vital que un edificio ornamentado debe caracterizarse por esta cualidad, a saber, que el mismo impulso emocional fluya armoniosamente por sus variadas formas de expresión — de las cuales, aunque la composición de masa es la más profunda, la ornamentación decorativa es la más intensa. Ambas, sin embargo, deben nacer de la misma fuente de sentimiento.

Comprendo que un edificio ornamentado, diseñado según este principio, exigirá de su creador una alta y sostenida tensión emocional, una unidad orgánica de concepto y propósito mantenida hasta el fin. La obra acabada nos hablará de esto; y si es diseñada con suficiente profundidad de sentimiento y simplicidad mental, cuanto más intenso el calor en que haya sido concebida, tanto más serena y noble perdurará eternamente como un monumento a la elocuencia del hombre. Esta es la cualidad que caracteriza a los grandes monumentos del pasado. Y esto es ciertamente lo que nos abre una perspectiva para el futuro.

A mi modo de pensar, sin embargo, la composición de masa y el sistema decorativo de un edificio tal como el que he sugerido, sólo deben ser separados en teoría y con propósitos de estudio analítico. Creo, como ya he dicho, que puede diseñarse un excelente y hermoso edificio que no ostente ornamento alguno; pero creo con igual certeza que un edificio decorado, armónicamente concebido, y bien pensado, no puede ser despojado de su sistema ornamental sin destruir su individualidad. Ha estado hasta ahora más bien de moda hablar del ornamento, sin quizá demasiada ligereza de pensamiento, como cosa que pueda ponerse u omitirse, según el caso. Yo sostengo lo contrario — que la presencia o la ausencia del ornamento debe ser decidida, en un trabajo serio, al comenzar el diseño. Esta es quizá una insistencia demasiado tenaz, pero la justifico en base a que la arquitectura creativa es un arte tan admirable que su poder se manifiesta en ritmos de gran sutileza, en verdad tanto como los de la música: su pariente más cercano. Por consiguiente, si nuestros ritmos artísticos — un resultado — han de ser significativos, nuestras meditaciones previas — la causa — deben serlo. Interesa mucho, entonces, cuál es la inclinación previa de la mente, tanto en verdad como importa la inclinación de un cañón al disparar un proyectil.

Si presuminimos que nuestro proyectado edificio no debe ser necesariamente una obra de arte vital, o al menos un esfuerzo por realizarlo, que nuestra civilización aún no exige tanto, entonces mi argumento es inútil. Sólo puedo proseguir suponiendo que nuestra cultura ha llegado a una etapa en que el arte imitativo o reminisciente no satisface por completo, y que ya existe un deseo real de expresión espontánea. Presumo también que debemos comenzar, no cerrando nuestros ojos y oídos al mundo pasado, sino más bien abriendo nuestros corazones, en esclarecida simpatía y filial respeto, a la voz de nuestros tiempos.

No considero tampoco que éste sea el momento o lugar para preguntarse si después de todo existe en realidad un arte creativo — si un análisis final no revela al gran artista, no como creador, sino más bien como intérprete o profeta. Cuando llegue el momento en que lo superfluo de esta pregunta se convierta en una trascendental necesidad, nuestra arquitectura se habrá aproximado a su definitiva evolución. Bastará decir entonces que yo considero que una obra de arte bella debe ser esto: una cosa realizada, más o menos atrevida, considerando que un espectador casual puede ver parte, pero ningún espectador el total, de su contenido.

Es evidente que un diseño ornamental será más bello si parece parte de la superficie o substancia que lo recibe, y no un "añadido", si cabe la expresión. Si observamos bien, veremos que en el primer caso existe

una peculiar simpatía entre el ornamento y el edificio, simpatía que no se observa en el último de los casos. Tanto el edificio como el ornamento se benefician con esta simpatía, pues cada uno realiza el valor del otro. Y éste, según entiendo, es el fundamento de lo que podremos llamar un sistema orgánico de ornamentación.

El ornamento, en verdad, se aplica en el sentido de ser separado, o agregado, o hecho de algún otro modo: sin embargo, debe parecer, una vez concluido, como si hubiera surgido de la sustancia misma del material gracias a un agente benéfico, y allí existiera por el mismo derecho con que una flor aparece entre las hojas de una planta.

Por medio de este método establecemos una especie de contacto, y el espíritu que anima la masa puede fluir al ornamento — ya no son más dos cosas sino una.

Si observamos detenidamente y reflexionamos, se hace evidente que si deseamos asegurar una realidad, una unidad poética, el ornamento debe aparecer, no como algo que recibe el mismo espíritu del edificio, sino como algo que expresa dicho espíritu en virtud de un crecimiento diferencial.

Resulta entonces, por la lógica del crecimiento, que cierto tipo de ornamento corresponde a cierto tipo de edificio, al igual que cierto tipo de hoja corresponde a cierto tipo de árbol. Una hoja de olmo no "queda bien" en un pino — una pinocha parecería más "adecuada". Así pues, un ornamento o una idea decorativa orgánica que se ajustaría a un edificio compuesto sobre líneas sencillas y macizas, no armonizaría con un edificio delicado y refinado. Ni tampoco debemos intercambiar los sistemas ornamentales de edificios de distinto tipo. Pues los edificios deben poseer una individualidad tan marcada como la que existe entre los hombres, que los distinga claramente uno del otro por más acentuada que sea la semejanza racial o de familia.

Todos saben y sienten cuán marcadamente individual es la voz de cada hombre, pero pocos se detienen a pensar que una voz, aunque de otro tipo, nos habla desde cada edificio. ¿Cuál es el carácter de estas voces? ¿Son roncacas o suaves, nobles o innobles? ¿Su lenguaje es prosa o poesía?

La mera diferencia en la forma externa no constituye individualidad. Para esto es preciso poseer un carácter interno armonioso; y así como hablamos de la naturaleza humana, podemos por analogía aplicar una frase similar a los edificios.

Un breve estudio nos permitirá poder distinguir y apreciar las más evidentes individualidades de los edificios; estudios más avanzados y una comparación de las impresiones nos harán evidentes formas y cualidades que anteriormente estaban ocultas; un análisis más profundo nos dará una multitud de sensaciones nuevas, desarrolladas por el descubrimiento de cualidades hasta entonces insospechadas — hemos hallado evidencias del don de la expresión, y hemos comprendido su significación; la satisfacción mental y emocional causada por estos descubrimientos nos induce a efectuar más y más profundas investigaciones, hasta que, en las grandes obras, comprendemos plenamente que lo que era evidente era lo menos, y lo que estaba oculto, era casi el total.

Pocas obras pueden resistir la prueba de un análisis serio y minucioso — pronto son vaciadas. Pero ningún análisis, por más profundo y persistente que sea, puede agotar una obra de arte verdaderamente grande.

Pues las cualidades que le otorgan su grandeza no son sólo mentales, sino psíquicas, y por lo tanto significan la más alta expresión y personificación de la individualidad.

Ahora bien, si esta cualidad emocional y espiritual es un noble atributo cuando reside en la masa de un edificio, cuando es aplicada a una idea ornamental viril y sintética, debe llevar a ésta desde el nivel de la trivialidad hasta las alturas de la expresión dramática.

Las posibilidades de la ornamentación, así considerada, son maravillosas; y se abren ante nosotros, como una visión, concepciones tan ricas tan variadas, tan poéticas, tan inagotables, que la mente se detiene en su vuelo y la vida parece en verdad sólo una etapa.

Reflexjamos ahora la luz de esta concepción, libre e intensamente sobre consideraciones aunadas de composición de masa, y cuán seria, cuán elocuente, cuán inspiradora es la fantasía, cuán noble la fuerza dramática que hará de nuestra futura arquitectura un arte sublime.

Norteamérica es la única tierra del universo donde puede realizarse este sueño; pues sólo aquí la tradición no está atada por cadenas, y el alma del hombre está libre para crecer, para madurar, para realizarse. Pero para esto debemos volvernos hacia la Naturaleza, y atentos a su melodiosa voz, aprenderemos, como aprenden los niños, el acento de sus rítmicas cadencias. Debemos contemplar el alba con ambición, el crepúsculo con melancolía; luego, cuando nuestros ojos hayan aprendido a ver, sabremos cuán grande es la simplicidad de la naturaleza, que ofrece serenamente tan infinita variedad. Aprenderemos así a contemplar al hombre y a sus modos, a fin de poder admirar el desdoblamiento del alma en toda su belleza, y saber que la fragancia de un arte vital se esparcirá nuevamente en el jardín de nuestro universo.